



CONFERENCIA IES ALHAKEN II

“HACE VEINTICINCO AÑOS”

Manuel A. García Parody

Quiero antes de nada agradecer a mis compañeros del IES Alhaken II el haber contado conmigo para este acto, solemne y entrañable al mismo tiempo, que abre una serie de actividades para conmemorar el XXV aniversario de este centro educativo.

Mi satisfacción es doble. Primero, por encontrarme aquí con tantos compañeros y compañeras con los que he compartido toda clase de vivencias, unas vivencias que tenían como principal propósito contribuir a que se hiciera realidad el derecho a la educación de los miles de alumnos que han pasado por sus aulas. Segundo, porque para mí este centro es una parte esencial de mi vida: como prolongación que fue de la antigua Universidad Laboral, es el lugar en el que he desarrollado mi actividad docente desde un más que lejano septiembre de 1970, cuando llegué muy jovencito a las instalaciones de lo que hoy es el Campus Universitario de Rabanales, lo que siempre se ha llamado “la Laboral”, que, al margen de muchas cosas, impresionaba por el excepcional alumnado que albergaba, por los dominicos de blancas sotanas recorriendo sus largos pasillos y sus aulas, por el magnífico profesorado con quien tenía que compartir claustro y, por si fuera poco, por unas instalaciones que conformaban lo que expertos en el arte han calificado como la principal obra arquitectónica de la Córdoba del siglo XX. Allí estuve, salvo un paréntesis forzoso entre 1972 y 1977, hasta que lo que hoy conocemos como IES Alhaken II se trasladó a la zona del Poniente de Córdoba y aquí permanecí hasta mi jubilación en el año 2006.

No es cosa aquí de contar mis vivencias personales de más de treinta años de vinculación a un solo centro, cosa insólita por los vaivenes administrativos que afectan al personal docente. Pero sí, desde esas vivencias y desde mi propia formación como historiador, de glosar el significado de un Instituto de Enseñanza Secundaria que por una curiosa circunstancia, que en su momento explicaremos, pasó a tener el nombre de uno de los cordobeses más grandes de todos los tiempos, el culto califa Alhaken II.

Se dice que los historiadores tenemos la manía de los aniversarios. El otro día un medio de comunicación me hacía una pregunta al efecto, con motivo de las jornadas que, sobre el IV centenario de la muerte de Miguel de Cervantes, celebrábamos en nuestra ciudad. Y respondí diciendo que algo hay de verdad en ello, que los historiadores aprovechamos esas efemérides para glosar y poner al día los hechos o los



personajes que se conmemoran y que hasta nos lo pasamos bien. Pero que, más que a nosotros, quien debe aprovechar estos aniversarios es toda la sociedad porque con ellos sus protagonistas y sus entornos se ponen más al alcance de todos y esto nos permite conocerlos más y mejor.

Nuestro XXV aniversario no va a tener la relevancia nacional o local que han podido tener los que recuerdan a personajes y hechos de especial trascendencia. Pero sí que lo tiene para todos nosotros porque, como antes decía, en mayor o menor medida el Alhaken II es parte de nuestra vida. Por ello pretendo que nos situemos en el curso 1989-1990 que es cuando oficialmente este centro es bautizado administrativamente con el nombre del culto califa de finales del siglo X.

¿Qué pasó aquel año, aparte de que todos los que estamos aquí tuviéramos unos cuantos años menos?

Si alargamos nuestra mirada a lo que pasaba en el mundo, 1989 puede ser calificado como un año de especial significado. El 9 de noviembre veíamos en las pantallas de televisión que una multitud de gente se subía al muro de Berlín y con los medios caseros que llevaban, a veces sus propias manos, se dedicaron a derribar lo que era hasta entonces el ejemplo más llamativo de la guerra fría, un símbolo del enfrentamiento latente de las dos grandes superpotencias, nunca directo sino a través de interpuestos, que tuvieron a toda la humanidad pendiente de un finísimo hilo que, caso de romperse, aparejaría su propia destrucción.

Dos meses después de este acontecimiento, un grupo de alumnos y profesores de este centro viajó hasta el Parlamento europeo de Estrasburgo para conocer *in situ* una de las sedes de las instituciones comunitarias. Entre esos profesores estaban Paco Olmedo, Ana Ballesteros y quien les habla. Recuerdo cómo en París, donde coincidimos con colegas de un Liceo de Chantilly con el que teníamos intercambios, y en la capital de Alsacia, hablamos largamente de lo que estaba pasando y de las perspectivas que se abrían. Al llegar al Parlamento europeo acababa de recibir un homenaje Alexander Dubcek, el líder checo de la Primavera de Praga de 1968 que intentó consolidar en su país un modelo comunista no mediatizado desde la Unión Soviética y de rostro más humano. Aquel experimento acabó cercenado por los tanques soviéticos que no estaban dispuestos a alterar el orden bipolar establecido tras la Segunda Guerra Mundial. Al igual que ocurriera con similares experimentos en la RDA, Polonia o Hungría a un lado del Telón de Acero, o en más de un país hispanoamericano o del sudeste asiático en lo que se autodenominaba el Mundo Libre.

La coincidencia de aquel homenaje con la caída del Muro de Berlín evidenciaba que el mundo era ya diferente. Un dirigente soviético, cuya importancia histórica se



acrecentará con el paso del tiempo, Mijail Gorbachov, había desencadenado en los años precedentes una serie de cambios estructurales en la URSS, conocidos como la *perestroika* y la *glasnot*, con el propósito de modernizar una superpotencia que, anclada en la corrupción y el burocratismo por sus últimos dirigentes, no podía hacer frente al reto tecnológico-militar de su antagonista norteamericano. Cuando se suavizaron las cuerdas de la dictadura en la Unión Soviética, los países de su órbita iniciaron su transición del comunismo a la democracia, que comenzó antes de la caída del muro en la Polonia del sindicato Solidaridad –esta vez con el apoyo de otro de los líderes mundiales del momento, el papa polaco Juan Pablo II-, en los países bálticos con sus declaraciones de independencia y en la misma República Popular China con la revuelta estudiantil de la plaza de Tiananmen a principios de julio. Aunque aquí, la fuerza bruta de los tanques, retenida en una impresionante media hora por un anónimo manifestante en una imagen que dio la vuelta al mundo, acabó con las ansias de libertad de la gran potencia oriental.

El mundo parecía entrar en un orden nuevo en el que el temor de una guerra entre los dos grandes bloques se había desvanecido al tiempo que se desmoronaba la Unión Soviética y el imperio que dominaba tras los acuerdos de Yalta y Potsdam de 1945. Pero ese orden nuevo tampoco iba a traer la paz necesaria en el planeta. En el nuevo horizonte se abrieron negros nubarrones y, como si fuera un presagio de lo que vendría más adelante a ensombrecernos, el dirigente islámico iraní, el ayatollah Ruhola Jomeini lanzó el 14 de febrero de 1989 una *fatwa*, edicto religioso, contra el escritor británico de origen hindú Salman Rushdie por haber publicado un libro, “Versos satánicos” considerado blasfemo para el Islam. La *fatwa* significaba la condena a muerte del escritor y un premio de 3 millones de dólares a quien la ejecutara, amén de la promesa de recompensas en el paraíso islámico. El mundo, que asistía con esperanzas al fin de uno de los totalitarismos del siglo XX, el régimen comunista de la URSS y sus satélites, quedó estupefacto ante la orden del ayatollah Jomeini, aviso de lo que iba a ser otro modelo de intolerancia que hoy constituye una de las grandes amenazas para la paz mundial.

Mientras esto ocurría en el mundo, España se preparaba para los grandes fastos de 1992 cuando iban a conmemorarse –otra vez los aniversarios- el Quinto centenario del fin de la España andalusí, de la publicación de la primera Gramática de la Lengua Española, de la expulsión de la minoría judía de Sefarad y del éxito del viaje colombino hacia las nuevas Indias. Cuatro aniversarios de hechos capitales de la historia de España que iban a coincidir con unos eventos a escala mundial que tendrían lugar aquí: la Exposición Universal de Sevilla, la Olimpiada de Barcelona y la capitalidad cultural europea de Madrid.



Los años 1989 y 1990 fueron años de enorme trajín para el mejor éxito de aquellos eventos. Pero, al margen de este trajín, no faltaron otros acontecimientos relevantes. En el plano político el PSOE revalidó por tercera vez sus mayorías absolutas en España y en Andalucía y su líder Felipe González se convertía en el presidente que más tiempo ha estado al frente del Gobierno en la España democrática. Por su parte, el 1 de abril de 1990 José María Aznar fue designado presidente de un Partido Popular que era el resultado de la refundación de la Alianza Popular hasta entonces liderada por Manuel Fraga, histórico personaje de la transición que abandonaba la política nacional para ser investido presidente de la Xunta de Galicia.

Además de estos acontecimientos políticos, entre 1989 y 1990 España estrenaba nuevas cadenas de televisión, Antena 3 y Telecinco, capaces de competir con las dos estatales y las autonómicas. Aparecía un nuevo periódico, El Mundo, el 23 de octubre de 1989. Unos meses antes, el 24 de febrero, se aprobaba una disposición que iba a permitir la incorporación de la mujer al Ejército, una de las pocas actividades que aún le estaban vedada.

De la crónica negra sobresalió la matanza de Puerto Hurraco, en la provincia de Badajoz, que hizo recordar los terribles dramas rurales de épocas pretéritas.

En el terreno deportivo la selección española de fútbol seguía empeñada en no llegar muy lejos en los campeonatos mundiales: en los que se celebraron en Italia en el verano de 1990, la Roja cayó en octavos frente a una de nuestras bestias negras, Yugoslavia. Como contrapartida España se hizo presente de manera sobresaliente en el célebre concierto de los Tres Tenores celebrado con ocasión de aquellos campeonatos en las Termas de Caracalla de Roma: dos figuras españoles del bel canto, Plácido Domingo y Josep Carreras compitieron con todos los honores con el gran Luciano Pavarotti bajo la batuta de Zubin Metha en arias inolvidables como el “Adios a la vida” de Tosca, el “Brindis” de la Traviata, el popular “O sole Mio”, alguna zarzuela y, cómo no, el espectacular “Nessun Dorma” de Turandot.

Y siguiendo con lo deportivo, los merengones veíamos llegar el final de la Quinta del Buitre con sus dos últimos títulos de liga –de los cinco consecutivos que logró– y cómo se les resistía la ansiada Copa de Europa. Los culés se tenían que conformar con los éxitos de su sección de baloncesto, cuyo pivot Audie Norris emocionó a todos cuando acudió derramando lágrimas al velatorio de su gran oponente madridista, Fernando Martín, muerto trágicamente el 3 de diciembre de 1989.

En aquel curso de 1989-90, cuando se bautizaba este centro como Alhaken II, los jóvenes y no tan jóvenes escuchaban y bailaban las músicas de Celtas Cortos, El último de la fila, Héroes del Silencio o Siniestro Total. En las pantallas cinematográfica los



grandes estrenos fueron Cinema Paradiso, El Club de los poetas muertos o Indiana Jones y la última cruzada en 1989 y el Padrino III, Pretty Woman, Bailando con lobos o Átame de Pedro Almodóvar en 1990. En las librerías constituyeron éxitos de ventas “La Tabla de Flandes” de Arturo Pérez Reverte y las obras de Camilo José Cela que había obtenido el Nobel de Literatura en 1989, un premio que también recibió el año siguiente el mexicano Octavio Paz. Y hablando de la paz: el Dalai Lama y Mijail Gorbachov recibieron el Nobel de ese nombre en 1989 y 1990 y, a diferencia de otras ocasiones, no hubo polémica alguna por los indudables méritos de los galardonados.

Mientras tanto, en la Córdoba en que vivíamos también ocurrieron cosas importantes en esos años de 1989 y 1990. El de más trascendencia fue la firma del convenio que hizo posible del llamado Plan Renfe, la principal revolución urbanística de la ciudad en más de un siglo.

Desde que comenzó el crecimiento urbano en las primeras décadas del siglo XX, el trazado urbano del ferrocarril constituyó un verdadero problema para Córdoba ya que solo un viaducto y dos pasos a nivel permitían la conexión de la mayor parte de la ciudad con la zona norte. En una fecha tan lejana como 1912, una comisión constituida por las primeras autoridades cordobesas marchó a Madrid con una serie de proyectos que urgentemente debía acometer la ciudad: una nueva escuela para Veterinaria, la conclusión de las obras del murallón, la nueva sede de Correos y la nueva estación. Nada se logró en aquella visita y el proyecto de una nueva estación cayó en el olvido hasta que lo recuperó el primer Plan General de Ordenación Urbana de 1958 que planteó trasladar o soterrar las vías del ferrocarril y construir una estación nueva. Sin embargo, como tantas veces sucede en nuestra ciudad, el propósito no pasó de las buenas intenciones.

El proyecto para el trazado del ferrocarril de 1958 se volvió a plantear en el nuevo Plan General de 1970 y en el Plan Parcial de 1976, con idénticos fracasos. Un año después el Consejo de Ministros aprobó el Plan Parcial y el Plan Especial de Reforma Interior de los terrenos de RENFE, proyecto que se evaluó entonces en 3.500 millones de pesetas de los que el Ayuntamiento aportaría 500. Pero este plan, que preveía soterrar las vías del ferrocarril, se pospuso cuando el gobierno municipal presidido por Julio Anguita planteó el tránsito del ferrocarril por unas trincheras a cuyos lados se harían sendos paseos sin edificaciones. Con esta propuesta se frenaban las especulaciones sobre los terrenos liberados de las vías y teóricamente se abarataban los costes del plan.

Con varios proyectos más encima de la mesa –proyectos que elevaban el coste inicial de 3.500 millones a 5.176- la situación solo pudo desbloquearse cuando el Gobierno de la Nación proyectó el primer trazado de Alta Velocidad entre Madrid y Sevilla que, a su paso por Córdoba, implicaba solventar el problema de la estación y de las vías. Con una



actitud más flexible en el Ayuntamiento presidido por Herminio Trigo y la intervención de la Junta de Andalucía se aprobó un nuevo PGOU de Córdoba en agosto de 1986 que calificaba el suelo de RENFE como “urbanizable sujeto a un plan parcial”. Al mismo tiempo todos los grupos políticos del Ayuntamiento suscribieron una moción que instaba a que se reanudaran las negociaciones entre las administraciones.

Esas negociaciones se prolongaron más de un año con idas y venidas a Madrid. Acordadas las líneas maestras del Plan hubo que resolverse su financiación que de los iniciales 3.500 millones había ascendido a 12.000. Pero esto se solventó repartiendo la cantidad entre el Ministerio de Transportes, la Junta de Andalucía, RENFE y el Ayuntamiento. Por último se decidió que los nuevos terrenos ganados al ferrocarril se distribuirían como equipamientos escolares, zonas deportivas, zonas verdes, equipamientos sociales y 2.700 viviendas.

Alcanzado el acuerdo entre todas las partes, el acto protocolario de su firma se celebró el Alcázar de los Reyes Cristianos el 6 de marzo de 1989 con presencia de altas autoridades de la Nación, Andalucía, RENFE y el Ayuntamiento. De inmediato comenzaron las obras que culminaron con la construcción de una nueva estación y un amplio espacio urbano que cambió por completo la fisonomía de la ciudad.

Esta era la Córdoba del curso 1989-90, la de una ciudad que empezaba a soñar con su entrada en el siglo XXI con la solución del gran problema que suponía el trazado del ferrocarril y que poco a poco se iba abriendo hacia el río.

En ella el nombre de Alhaken II dejó de estar solo en una calle o en una estatua del Campo de los Mártires porque empezó a servir para designar a unas de sus instituciones educativas.

El instituto con tan ilustre nombre andalusí, en realidad, no era nuevo: provenía de la antigua Universidad Laboral que, levantada en los terrenos de las Quemadas, fuera del caso urbano y cerca de la antigua finca del torero Lagartijo, venía funcionando desde 1957. Fue una de las cuatro primeras universidades, junto a las de Tarragona, Gijón y Sevilla, que dependían del Mutualismo Laboral y, como tal, del Ministerio de Trabajo. Inspiradas en el modelo de la *Université du Travail*, fundada en Charleroi en 1905, esas Universidades Laborales, en palabras de su artífice el ministro franquista José Antonio Girón, muy propias de la retórica de la época, pretendían *“formar, además de obreros técnicamente mejores, hombres de arriba abajo, capacitados para todas las contiendas de la inteligencia, entrenados para las batallas del espíritu, de la política, del arte, del mando y del poder”*

La de Córdoba, cuya arquitectura diseñada por Miguel de los Santos se inspiraba en los modelos de Le Corbusier y con una interesantísima decoración en la que trabajaron



artistas de los pasados años cincuenta, como los pintores Vaquero Turcios, Rivera y Zuheras, los vidrieristas Escassi y Molejón y los escultores Carretero y Gabino, duró como tal hasta principios de los ochenta: las carencias educativas que se quisieron paliar con las Universidades Laborales habían sido felizmente superadas y además las Mutualidades dejaron de existir. Esos centros pasaron a formar parte de un organismo autónomo, Instituto Nacional de Enseñanzas Integradas, dependiente del Ministerio de Sanidad y Seguridad Social. Después se denominaron Centros de Enseñanzas Integradas, adscritos al Ministerio de Educación y en su caso a las consejerías correspondientes de las Comunidades Autónomas.

El CEI de Córdoba lo constituyeron dos Institutos de Enseñanza Secundaria –que se denominarían Alhaken II y Gran Capitán–, una Escuela de Ingeniería, que se integró después en la Universidad de Córdoba, y una Unidad Residencial. Al crearse el Campus de Rabanales de la Universidad de Córdoba en la antigua Universidad Laboral, los institutos de enseñanza secundaria abandonaron su sede y se instalaron en el poniente y levante de la ciudad.

Durante un tiempo esos institutos no tuvieron nombre, Se les llamaba administrativamente números 1 y 2 del CEI. Cuando se decidió “bautizarlos”, en el primero hubo un amplio debate en el que participaron el Claustro, las asociaciones de padres, el personal no docente y todo el alumnado. Se presentaron numerosas propuestas: recuerdo entre otras los nombres de Albucasis, la Laboral, Antonio Gala o Díaz del Moral. Al final, y de una manera muy democrática, se consensuó el nombre de la escritora y filósofa María Zambrano que por aquellas fechas había regresado a España desde su exilio y recibido el Premio Cervantes.

Este nombre fue presentado en el Consejo Escolar del Centro en el que se acordaron otros dos para acompañar la propuesta a la Consejería de Educación como era preceptivo, aunque siempre con la idea de que el nombre no podía ser otro que el de la discípula de Ortega y Gasset. Un representante de los padres propuso que se apuntara en segundo lugar el nombre de “un moro que tenía muchos libros”. Tras recordársele que ese “moro” era tan cordobés como nosotros y que fue un califa culto con una extraordinaria biblioteca, se puso el nombre de Alhaken II detrás del de María Zambrano y luego, para completar la terna, se apuntó otro que, si mal no recuerdo, fue el de Albucasis.

La propuesta se envió a la Consejería y ante nuestra sorpresa, pues entre otras cosas ya circulaban documentos con el membrete “IES María Zambrano”, recibimos una contestación diciendo que, como ya había un IES en Velez Málaga con el mismo nombre, nuestro centro pasaba a denominarse Alhaken II. Y así se consumó el bautizo que ahora celebramos.



No voy a extenderme más. Es el momento de reiterar mis agradecimientos por estar hoy en el uso de la palabra. Y es el momento de recordar a tantos hombres y mujeres que en las aulas, en los talleres, en los laboratorios, en los despachos administrativos, en el mantenimiento del edificio o en la conserjería han hecho posible que el IES Alhaken II pasara de ser una ilusión cuando se bautizó accidentalmente con el nombre que lleva o cuando se trasladó a sus nuevas instalaciones. Es imposible mencionarlos a todos, a los que hoy permanecen y a los que llevamos su recuerdo desde nuestra jubilación. Gracias a ellos, repito, se ha hecho posible la mejor formación y la mejor educación para los miles de alumnos que se sentaron en sus aulas, que pasaron por sus talleres, laboratorios y gimnasios, que atronaron los pasillos para ir de un aula a otra, que se divertieron en sus recreos y que pudieron conocer mundo con sus viajes e intercambios.

Lo único que siento con todo mi corazón son las ausencias forzosas de quienes hoy no pueden disfrutar de este aniversario. De ellas quiero recordar a dos que fueron, además, entrañables e inolvidables amigos: Antonio Gutiérrez Burón, maestro excepcional de la Filosofía, compañero y amigo desde que llegamos aquí en 1970 y que lo fuimos hasta que nos dejó para siempre. Y Remedios Bergillos Luna, profesora de Francés que marcó una huella indeleble en el Centro, promotora del bilingüismo y de la que puedo decir, con orgullo, que tuve la suerte de ser más que un compañero un amigo de verdad y que, como a Antonio, siempre la tendré presente en el recuerdo.

Muchas gracias.